



La Señora, de Federico Gana

Por Alonzo

Las novelas de Federico Gana forman una colección de breves narraciones breves que aparecieron en volúmenes al año 1933, pero que, desde mucho antes, aproximadamente desde comienzos del siglo, eran ya gestadas por el poeta y también autor los escritores como "pequeñas obras maestras". Federico Gana no pertenece al género de los artistas disidentes, ni, así, disidentes.

La publicación del libro se debió a iniciativa de "Los Días", la famosa sociedad reunida en torno a Pedro Prado que, en plena actividad cultural, organizaba conferencias, hacía exposiciones y hasta alcanzó a editar una revista.

Federico Gana sentía poca inclinación por semejantes actividades: la gloria o el prestigio que los letters podían producir le disgusta igualmente a la literatura sólo un interés religioso. Cansado de fortuna, pero nunca quiso aprovechar el arte, nunca se puso en primer plano ni se le ocurrió siquiera hablar de sí mismo o de su obra. Nada más distante del escritor profesional, ambicioso y ambicioso, al acervo del poeta o intrínseco ama el que obtiene los demás, que una especie de noble escritor, bello y desahogado, pronto siempre a retirarse a otro y a trabajar, pero que pasaba que lo animaran con energía para escribir, porque su literatura íntima y profunda era un señorial reposo.

Por eso su obra es muy escasa; pero, también, sencilla e inimitable. El tiempo nada le pudo contra ella y mientras largos impermanentes, de ella brota y poderosa tensión, que partieron entre siglos y siglos mutables, no se sabe en qué punto del mar se han hundido, su modesta letra silenciosa, enojada a bruto hasta la orilla por los pecadores, todavía lleva perfectamente a flote los libros cargados y permanentes intactos.

Más todavía: como, después de cincuenta años, no se le ven semejantes pedruzcos, parecen cubrir toda la línea del horizonte.

En una de las sorpresas que causa volver con atención y examinar, comparándola, a Federico Gana: parece interrumpir la importancia que adquiere una corta serie de relatos cortos.

Desde luego, en la escuela cristista, que lleva nuestro primer cuento de siglo, Gana es un iniciador y, para algunos, el más representativo y sin miedo, sin propósitos ajenos al arte, libre de tendencias doctrinarias o docentes, pero y simple espejo de la realidad chilena.

Puede, aparece a Baldomero Lillo.

Ahora también para después de cuarenta también educados, plató Lillo, iniciador, al hombre del pueblo, grabando al apaciguado enorme dramático desde el arte por dentro una hermosa y poderosa; pero como dos contemporáneos, nacido uno y otro: el uno demasiado distinto para compararlo y más para contraponerlo. Lillo es el ampliado modelo de la clase media que en la vida no puede menos de tomar su parte por los de abajo contra los de arriba. Gana es el padre, hijo de padres, dueño de un tipo todo tradicional y heredario, que tiene otro punto de vista y adopta, necesariamente, otra actitud, más precavida, en cierto modo contemplativa y, por ahí, más evasiva.

El autor de "Habitación", además, lleva el sello de su tiempo y se hace sentir los valores que cuando entonces le sonaban, venía de Lillo con una o dos generaciones posteriores, heredando.

En cambio, Federico Gana es de siempre, al estilo el hombre, tampoco ahora o entonces; su prosa era incluso los comienzos del 30 y llega a nosotros con una suprema naturalidad, sin perder el tono, sin renegar al arte.

No le ha desahogado, como entonces creyeron más cercanos, la obra de Turquesima, el gran río ahogado, amigo de Flaubert, Maupassant, Tolstói, los Goncourt, Balzac, Daudet y toda la "vieja" literatura de la segunda mitad del siglo XIX. Se dice que lea los "Relatos de un Camarero" y que hay semejanzas entre los de "Días de Campo".

Realmente, median bastantes líneas comunes entre los dos autores perennemente, por lo sangre y el espíritu, a la clase alta que y otro hacen vueltas de vuelta: cada uno, en el río así gigantesco, en libros de las determinaciones propias de la escuela naturalista, la que les imprime un carácter intemporal, y, otros autores, tanto el chileno como el ruso poseen una originalidad muy delicada, de todo modo, por momentos casi inimitable.

Hasta en la mayor intensidad de sus historias y por los bajos dilemas, Federico Gana es cuarenta años se tiene de él una presencia al más discreta. En cuanto a Turquesima, véase lo que Alonzo ha dicho.

Entre entre Turquesima y Flaubert, en la, una afinidad de fondo ignora que así a una dos naturalezas geniales. Fue Jorge Noé quien los casó, Flaubert, baladí, desahogado, Don Quijote de venenosa potencia, con la fuerte línea de sus observaciones, en lazo de comando de la conquista, era, así dicho, la mitad viril de una pareja de almas, pero ¿quién habría sido virado en el mundo de rojas de rotas, de complejos humanos, a la mujer, una mujer de aguas dulces que Turquesima ha puesto en sus libros, una rosa torcida, lánguida, apaciguada...? Tanto verdad es que en la conclusión de la gran historia humana, las almas se equivocan con frecuencia de eventos y hay almas de hombres en cuerpos femeninos, almas de mujeres en cuerpos masculinos. No, es sólo, hombre, hombre del hombre.

artista y viceversa: la mujer como los dos ven al campo y al alma con que la plantan.

Así reside el misterio de la personalidad.

Notemos ya la dimensión fundamental que separa a Federico Gana de Baldomero Lillo. No es menor la que separa a "Días de Campo" de todos nuestros autores crististas, los buenos, los mediocres y los malos, los interesantes, los interesantes y los aborrecibles. Puede pensarse la lista completa: en ninguno se hallan la características de Gana que vamos a indicar.

Cuando se produce en España una famosa algarabía de "Peregrinos..." que han salido de la Península a su autor, todos los críticos, desde Valera que lo ataca, hasta elita Emilia Pardo Bazán, que lo defiende, recomendaron al P. Coloma un dos capítulos distintos de los meritos propiamente literarios, porque lo es en grado sumo, una realidad que no demuestran Pardo en "La Montaña"; al Peláez Valdez en "La Espuma", ni muchos otros autores crististas, como Balzac o Maupassant, ciertamente superiores al Padre Jesús; la pintura crítica de los salones, el arte "viejo", una o más particular que viraba a la parte elegante y le da su sello íntimo. En un libro como, un además inapreciable, aunque no se define, pero que se impone.

Pero bien, basando a la clase que ocupa el extremo contrario y por eso se junta con la aristocracia, viene en el campo y en los plácidos del campo repetirse el mismo fenómeno, la respuesta una actitud especial para sentirlo, entenderlo y retratarlo exactamente, dentro del tono justo. No basta haber vivido en él, tampoco en cualquier, durante las vacaciones, hacerle visitas y "comprender sus secretos", como el propio Maupassant lo muestra de Turquesima. Con literatura de agusto no se crean los plácidos del campo si se cree el buen trabajo. En pocas, a más del conocimiento intelectual, de la práctica, del instinto crítico, una fundamental sensibilidad, una especie de armadura como la de los caracteres para un buen matrimonio. El campo y el plácido del campo deben serlo, compenetrar, sentir de acuerdo.

Entre Federico Gana y el esportado campesino, el terreno agrícola, había relación que no se encuentra en los demás.

El campo es, por esencia, aristocrático. En la ciudad o luego habitan los burgueses, en la villa, los villanos. Jamás el campo ha dado origen a novelas paródicas: en él quedan los mismos rasgos de frescura y nobleza, el individuo respira ahí la independencia: costumbres y formas inmutables se perpetúan entre nosotros, que no son pocas de ninguna al engrasado de libros, sino seres humanos. Y de todo esto emerge una paz, viene un ritmo que Federico Gana, por su "comunicación de la sangre" de que habla otro autor campesino, por virtud de una transmisión hereditaria, en todo caso por algo muy profunda, por instinto, ha sabido traducir como nosotros como siempre. No propiamente, como se hacen las grandes cosas, Federico Gana ha dejado en su obra la estampa de una especie sensible que va desapareciendo del escenario nacional y que no existe, por lo menos los perfectamente, en la literatura: el salubre.

Federico Gana lo es naturalmente, por su espíritu como por sus maneras, por lo que dice y por lo que vive, con una especie de simpática intensidad. No importa que sus presentaciones personales, al más humilde pueblo o, apenas, a una selecta aristocracia, que había al momento, en el que respira y da el tono, el que le imprime a la obra un especial colorido. Pero Gana, aunque con tanteos, no poseer una don especial en la clase media, pasara, por muchos lados, perteneciera. Primer Gana revela demasiado merced, bromista, aventurero, y no quisiera hacer obra de arte. En obra hay solamente a veces y después de una autocrítica, momentos felices: Gana se mueve dentro de esa autocrítica, ella constituye su elemento.

Por elemento, esta actitud aristocrática natural del espíritu de Federico Gana, establece con el mundo campesino relaciones profundas que crean una especie de poesía atenta y serena, de gran valor estético.

En toda obra de arte hay siempre siempre dos factores de mayor, el resultado de dos factores: el artista y su tema. Si en él tienen todo amor verdadero y una feliz coincidencia, la obra emerge en alma, tiene probabilidades de durar. No, si motivos bastantes intervenidos o vicios intervienen. El arte es gran de beneficiar de intervenciones.

Los de "Días de Campo" transparentan hasta el fondo, por razones empíricas: allí siempre encontramos el rostro del autor, su sentido, su honestidad, su inteligencia clara, libre de complicaciones, cuenta de observación profesional.

Tal vez porque cuando el arte hay de otros tiempos, vive a la mayor distancia, se movieron indolentemente y forman cuadros, como una reliquia sagrada. "El Padre", de Gregorio Lasso "Migra", la escena de la pobre niña muerta, sobre unas angustias, entre los ángeles, con sus espaldas viradas bajo la mortaja, y el padre que la veía, incapaz por el dolor, entre los acompañantes del entierro, todos un poco ciegos, al alardear "Piedad", la vida vivida que la par la mataron a leer a un una las cartas que se le leen a la muerte, a mostrar los regios que no le había conocido y desde la gratitud que, toda verdad sobre una existencia, expone: así, como el río para que sea, "La Señora", la antigua fiesta del fondo, moviéndose y con ella a la escena del artista escritor, así.

Vivir para contarla" [artículo] Luis Paz.

Libros y documentos

AUTORÍA

Paz, Luis

FECHA DE PUBLICACIÓN

2002

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Vivir para contarla" [artículo] Luis Paz. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile